



Historia de amor a dos plumas

Nueva York y París son los escenarios geográficos en los que **Guadalupe Nettel** desarrolla esta novela donde las dos ciudades reflejan otras moradas y experiencias

:: SANTIAGO AIZARNA

De comienzo, nada mejor que presentar su ubicación y su filiación: «Mi departamento está sobre la calle 87 en el Upper West Side de la ciudad de Nueva York. Se trata de un pasillo de piedra muy semejante a un calabozo. No tengo plantas. Todo lo vivo me provoca un horror inexplicable, igual al que algunos sienten frente a un nido de arañas», nos comunica Claudio, protagonista, junto con Cecilia, de esta novela. Sigue Claudio dando razones de la etiología de su psique: «Lo vivo me amenaza, hay que cuidarlo o se muere». Añade detalles de misantropía en su esbozo de autorretrato, colocándose en peana de ente distinguido: «pocas personas son realmente pensantes, autónomas, sensibles, independientes como yo»; de distante: «Los individuos comunes son deficientes y no vale la pena establecer ningún contacto con ellos si no es por conveniencia»; y de sus preocupaciones: «Todas las mañanas surgen las mismas preguntas: ¿cómo mantenerme a salvo del contagio?». Confiesa, igualmente, «el horror a la animalidad, al pelo, a los instintos, a los impulsos, a las necesidades físicas». Queda claro, desde los primeros párrafos, a qué tipo de animal humano, nos enfrentamos.

A parecida regla de presentación recurre Cecilia, que nos habla de cómo «las tumbas me han protegido» y nos da detalles de su infancia en Oaxaca, de las costumbres y ritos con que a la muerte se recibe en ese lugar, de la afición a lo fúnebre hasta en la juventud, de historias de apariciones y fantasmas y lecturas con ellas relacionadas, y como maestras de vida: «Todo lo que sabía de la vida lo había aprendido en los libros y no en las calles, ni siquiera con los góticos o en el patio de la universidad». Para completar el reparto de personajes, nos falta la ficha de Ruth, la amante, de la que se encarga Claudio: una mujer elegante, zapatos claros, olor a perfume, cincuenta y tantos años, boca que merece toda admiración y capaz de hacer permanecer ante ella toda una vida, labios grandes y carnosos y capaz de

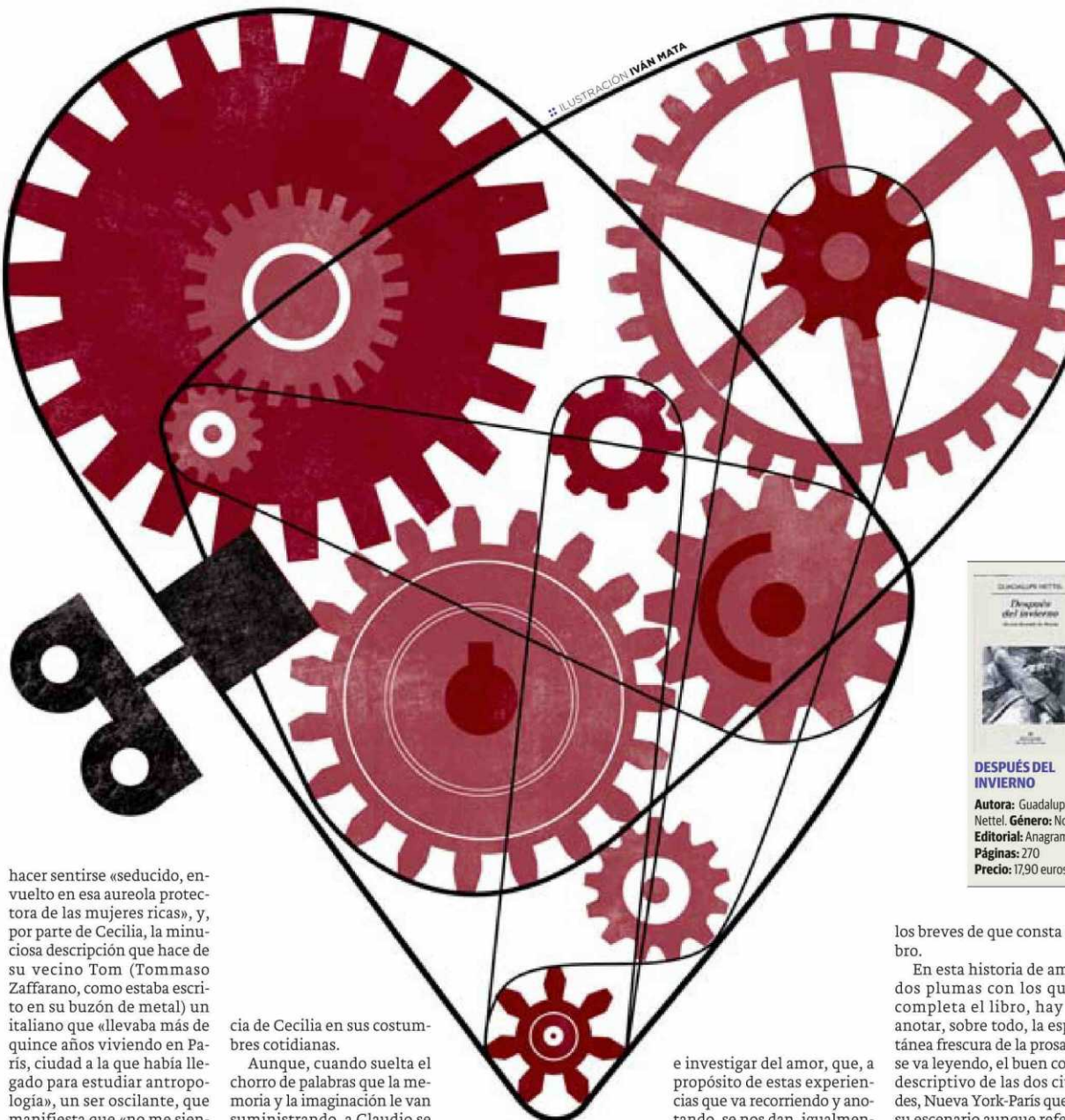


ILUSTRACIÓN IVAN MATA

hacer sentirse «seducido, envuelto en esa aureola protectora de las mujeres ricas», y, por parte de Cecilia, la minuciosa descripción que hace de su vecino Tom (Tommaso Zaffarano, como estaba escrito en su buzón de metal) un italiano que «llevaba más de quince años viviendo en París, ciudad a la que había llegado para estudiar antropología», un ser oscilante, que manifiesta que «no me siento ni francés ni totalmente italiano, mucho menos estadounidense» (por haber vivido en Nueva York con su familia) en sus propias palabras, un ser fronterizo que se encuentra cómodo en las zonas intermedias y aficionado a los cementerios tanto en persona como en espíritus y en sus lecturas, un hombre que parece ser como estrechamente perseguido por la insisten-

cia de Cecilia en sus costumbres cotidianas.

Aunque, cuando suelta el chorro de palabras que la memoria y la imaginación le van suministrando, a Claudio se le asoman la Cuba que abandonó pero que siempre vuelve, la música de Keith Jarrett, las calles malolientes y estropeadas de la Habana Vieja, aquella vieja casa de su familia que la Revolución, la propiedad de todo, obligó a su familia a compartirla con la otra familia de Facundo Martínez —mulatos éstos y ellos blancos— la negrita Regla y sus baños, los libros y entrevera-

da la figura de Ruth y la de Susana «demasiado hermosa para ser real, pero que no tenía en la mirada el fuego que caracteriza a las mujeres de la isla, su sonrisa incitante, su desparpajo», todo lo cual parece como si fuera un casual entrenamiento de sus pasos por los territorios a estudiar

e investigar del amor, que, a propósito de estas experiencias que va recorriendo y anotando, se nos dan, igualmente, rastros y huellas de su psicología antes de que la chispa del roce entre Claudio y Cecilia se produzca, la fricción temperamental y amorosa entre ese cubano ya neoyorquino y esa mexicana ya parisina, ambos dejando el ruego de sus impresiones personales sobre sus respectivos papeles, prosiguiéndose luego estas referencias personales en los treinta y un capítu-



DESPUÉS DEL INVIERNO

Autora: Guadalupe Nettel. Género: Novela. Editorial: Anagrama. Páginas: 270. Precio: 17,90 euros

los breves de que consta el libro.

En esta historia de amor a dos plumas con los que se completa el libro, hay que anotar, sobre todo, la espontánea frescura de la prosa que se va leyendo, el buen contar descriptivo de las dos ciudades, Nueva York-París que son su escenario aunque referentes también a otras moradas y experiencias, todo lo cual tiene que ver, en cierto modo, con ese reparto de papeles en la narración que se opera entre los dos protagonistas, algo como una buena novela partida en dos y con la que Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973), autora de otras obras galardonadas, obtuvo por ésta el 32º Premio Herralde de Novela.